



Erasmo Zarzuela: "El gran dorado"

Describia, como todos los poetas jóvenes siempre describen, la naturaleza, y para determinar un matiz preciso de verde, miró (y con eso mostró más audacia que muchos) la cosa misma, que era arbusto de laurel bajo la ventana. Después naturalmente dejó de escribir. Una cosa es el verde en la naturaleza y otra en la literatura. La naturaleza y las letras parecen tenerse una natural antipatía; basta juntarlas para que se hagan pedazos. El matiz del verde que ahora veía Orlando estropeó su rima y rompió su metro. Además, la naturaleza tiene sus mañas. Basta mirar por la ventana abejas entre flores, un perro que bosteza, el sol que declina, basta pensar "cuántos soles veré declinar", etc., etc. (el pensamiento es haro conocido para que valga la pena escribirlo), y uno suelta la pluma, toma la capa y sale fuera de la pieza.

Virginia Wolf en: *Orlando* (1928)



## Vamos a pasear por los extraños pueblos

Varias frases y episodios han confluido, como el lezamiano azar concurrente para vuelapuntar estas líneas en pequeñas notas desordenadas. Primero: leo el poema X de Crónica del forastero, bello libro de Jorge Teillier publicado en 1968 en edición de autor luego de que obtuviera el Primer Premio del Concurso Crav de Poesía en 1965. Lo encuentro en una bonita edición de Tajamar Editores que data de noviembre del 2003 y que compré en el stand de Chile en la última Feria del Libro de Santa Cruz de la Sierra. El poema tiene un epígrafe del poeta cubano Eliseo Diego que es precisamente el que hoy da nombre a esta columna. Y es que de eso va el poema, de pasear por los extraños pueblos. Tren, ventanilla del vagón, andén, aldeas y cercas, bar de hotel, viento, lluvia, ausencia de mar, calles barroosas... ¿cómo no hacer un bello poema con todo esto?

Dos: en otro poema del libro, hallo este tesoro. El horno cambiaba el carbón por oro. Y ya vislumbro, otra vez, como sólo ocurre en los grandes poemas, esa potencia poética que aquí nos habla con imágenes deslumbrantes de su condición alquímica. La palabra como potencia creadora. El horno donde la transmutación ocurre y, luego, el oro obtenido de tan alto oficio. Hay un eco multitudinario de otras frases que se agolpan en la memoria.

Tres: Un verso magistral de Browning que refiere, a su modo, lo entrevisto por Teillier: ¿dos momentos en la aventura del buzo? Uno cuando, mendigo, se prepara a sumergirse; otro, cuando, príncipe, emerge con su perla. En ambos hay un instante en medio de la cristalización. El fuego y el agua como medios, sendas que confluyen, caminos de iniciación.

Cuatro: viajo por el altiplano orureño, hacia el sur, hacia las interminables planicies del viento y la soledad. Otra vez el sol que se pone, memorable atardecer en la loma de Chusacaqueriy, ya de noche, abordar la ciudad por asalto como un perdido corsario en ese imposible puerto que la faz citadina nos muestra en un juego de engañosos espejismos y apariencias. Hotel, calor, y un poema, anónimo por supuesto, como debe de ser, de los Nahuanes que pronuncia sus palabras como un suave canto que asemeja el tintinear de las campanitas de arcilla tras la puerta: yo no sé si tú has estado ausente / yo me acuesto contigo, y me levanto contigo / en mis sueños tú estás junto a mí / si tiemblan los pendientes de mis orejas / yo sé que eres tú moviéndote en mi corazón.

Cinco: El viaje mismo como revelación. En palabras de Fabio Morabito: A veces, especialmente cuando viajamos en carretera, gracias a la velocidad que nos vuelve más agudos y menos críticos, y más sensibles a los relieves que a las sustancias, un lugar formado por un simple grupo de árboles un poco retirado del camino o la suave pendiente de una colina o un claro sorpresivo en medio de la vegetación, se graban en nuestra retina como un todo radiante, complejo y dichoso. Es como si hubiéramos vislumbrado por un instante el paraíso, nuestro paraíso, nuestro jardín más íntimo, que tal vez es sólo la imagen de nosotros mismos bajo una forma más ecuánime y duradera.

Seis: El retorno, la meditación, el apuntar garabatos arrebatados a la experiencia, reminiscencia de perdido equipaje.

el duende  
director: luis urquiza m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
edwin guzmán o.  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288600  
e-mail: duendejulia@hotmail.com  
duendejulia@yahoo.es



Benjamín Chávez